



1

La sorpresa

La señora Rachel Lynde vivía en la carretera principal de **Avonlea**, un pequeño pueblo de la isla del Príncipe Eduardo, en Canadá.

Una tarde de principios de junio vio pasar por allí a su vecino, Matthew Cuthbert.

Le extrañó, porque era un hombre tímido y solitario que casi nunca salía de casa.

Pero ese día conducía su **calesa** con la yegua, lo que significaba que se dirigía lejos de Avonlea.

La señora Rachel dedujo que debía de tratarse de un asunto muy importante.

Avonlea no es un lugar real, la autora puso este nombre al pueblo donde transcurre la novela.



Una **calesa** es un carruaje de dos ruedas tirado por uno o dos caballos.

Y para averiguar qué podía ser,
decidió ir a casa de los Cuthbert.

Los hermanos Cuthbert, Matthew y Marilla,
vivían en una granja llamada Tejas Verdes.
Era un lugar tranquilo, que quedaba un poco apartado
de la carretera principal, donde estaban las otras casas
de Avonlea.

Hacer calceta

significa tejer con
dos agujas largas
unos calcetines,
una bufanda, etc.

Cuando la señora Rachel Lynde llegó a Tejas Verdes,
se encontró a Marilla Cuthbert **haciendo calceta**.
Era una mujer alta y delgada, sin curvas.
Su pelo era oscuro con algunos cabellos grises,
y siempre lo llevaba recogido en un pequeño moño.

—¿Te encuentras mal, Marilla? —preguntó
la señora Linde—. He visto salir a Matthew
y he pensado que tal vez iba a buscar al médico.

Nueva Escocia

es una provincia
marítima de
Canadá, igual
que la isla del
Príncipe Eduardo.
Ambas se
encuentran en la
costa del océano
Atlántico.

—No, no. Estoy muy bien, Rachel, gracias.
Matthew ha ido a la estación de Bright River.
Esperamos a un niño de un orfanato de **Nueva
Escocia**.

La señora Lynde se quedó muda de la sorpresa.

—¿Cómo? ¿Lo dices en serio, Marilla? —preguntó
en cuanto se hubo recuperado de la impresión.

—¡Claro! La señora Spencer nos visitó por Navidad, y nos contó que acogería a una niña huérfana. Matthew y yo estuvimos pensando en ello. Un chico del orfanato podría ayudarnos mucho con las tareas de la granja.

—Pero, ¿qué dices?

—Matthew se está haciendo mayor. Ya tiene 60, ¿sabes? Él solo no puede ocuparse de la granja. Así que le dijimos al hermano de la señora Spencer que le pidiera que nos enviara un niño del orfanato. Hoy hemos recibido un **telegrama** de ella. Dice que nos dejará al chico en la estación de Bright River.

—¿Me estás diciendo, Marilla, que dejarás entrar en tu casa a una criatura de la que no sabes nada? ¿Y si prende fuego a la granja? Leí en un periódico que un matrimonio del oeste de la isla acogió a un huérfano y este le incendió la casa la primera noche.

—Reconozco que es arriesgado, Rachel. Yo misma tenía mis dudas. Pero Matthew me convenció. Además, peligros los hay en casi todo lo que hacemos...

Cuando todavía no había teléfonos en las casas, el **telegrama** se utilizaba para enviar mensajes urgentes, porque eran mucho más rápidos que las cartas.

—Tú misma, Marilla. Pero luego no digas que no te lo advertí, si quema Tejas Verdes o si echa veneno al pozo. Sé de un caso en que una huérfana lo hizo y murió toda la familia.

—Pero nosotros no acogeremos a una niña. No sirven para trabajar en una granja.

Mientras tanto, Matthew Cuthbert seguía su camino. Era un hombre de pelo gris, hombros caídos y barba de color castaño. Tenía un carácter reservado y tímido, sobre todo con las mujeres. Salvo Marilla y Rachel, todas las demás le daban miedo.

Cuando llegó a la estación, en el andén solo había una niña sentada sobre un montón de vigas. Matthew pasó de largo sin mirarla y entró en la sala de espera.

—Han dejado a una niña para usted —le dijo el jefe de estación al verlo—. Es esa que está sentada en las vigas. No ha querido entrar aquí. Me ha dicho que prefería quedarse fuera porque «hay más espacio para la imaginación».

—Yo he venido a recoger a un chico —respondió Matthew, confundido—. Lo ha traído la señora Spencer.

—Pues cuando ha bajado del tren llevaba a esa chiquilla.

Me ha dicho que usted y su hermana la acogerían. Pregúntele a ella, a ver si sabe qué ha podido suceder.

La niña había estado observando a Matthew desde su llegada. Tenía unos 11 años y llevaba un vestido de lana gris muy feo.

Por debajo de su sombrero marrón desteñado sobresalían dos trenzas pelirrojas. Su cara era pequeña, delgada y blanca, con muchas pecas. Y sus ojos eran entre verdes y grises, dependiendo de la luz.

Cuando vio que el hombre se dirigía a ella, se puso de pie, cogió una maleta pequeña y vieja, y le tendió la mano.

—Supongo que usted es Matthew Cuthbert, de Tejas Verdes. Me alegro de verle. Temía que no viniera. Había decidido que, si no venía, pasaría la noche subida a ese cerezo. Sería bonito, ¿verdad? Podría imaginarme que estoy en una casa de mármol.

Matthew fue incapaz de decirle que había un error. Decidió que la llevaría a casa y que Marilla ya se lo contaría.

—Siento haber llegado tarde —dijo con timidez—.
Ven, dame la bolsa.

—No hace falta. Puedo llevarla yo, no pesa.
Oh, me parece maravilloso ir a vivir a su casa
y formar parte de su familia.
Nunca he tenido una familia de verdad.
En el orfanato solo he estado cuatro meses,
pero he tenido suficiente.
¡Hay tan poco espacio para la imaginación, allí!

Una vez dentro de la calesa,
la niña sacó una mano y rompió una rama de ciruelo
que rozaba con el carruaje.

—¡Qué bonito este árbol, todo blanco y lleno de flores!
Me hace pensar en una novia.
Me gustaría tener un vestido blanco algún día...
Antes, en el tren, me he imaginado que llevaba un
vestido precioso en lugar de este tan horrible.

¡Oh, estos caminos son tan rojos!
He preguntado a la señora Spencer por qué
eran tan rojos y me ha dicho que no lo sabía.
Y que no le hiciera más preguntas. Pero, ¿cómo
vas a saber las cosas, entonces?
¿Usted lo sabe, por qué son tan rojos?

—Yo... no lo sé —respondió Matthew.

—¡Vaya! Veo que este es el lugar con más flores del mundo.

Estoy tan feliz de venir a vivir aquí. ¿Hablo demasiado? La gente siempre me lo dice. Si usted me lo pide, me callo.

Matthew se divertía y eso le sorprendió.

No esperaba que le gustara la compañía de una niña.

—No hace falta, habla cuanto quieras.

—¿De verdad? ¡Me alegro tanto!

Sé que usted y yo vamos a llevarnos bien.

La señora Spencer me ha contado que viven en Tejas Verdes.

Dice que está todo rodeado de árboles, y todavía me he puesto más contenta. Me encantan los árboles.

¿Hay algún arroyo en Tejas Verdes?

—Pues sí, hay uno, muy cerca de la casa.

—¡Fantástico! Uno de mis sueños es vivir junto a un arroyo. Ahora podría ser completamente feliz si no fuera por mi pelo rojo.

Tener pecas y los ojos verdes no me importa.

Puedo imaginar que tengo otro color de piel y de ojos, pero no sé imaginarme el pelo de ningún otro color.

En ese momento entraron en un tramo de camino cubierto por las ramas en flor de unos manzanos. Bajo las hojas se reflejaba la luz de la puesta de sol. Aquella belleza hizo enmudecer a la niña.

—Señor Cuthbert —murmuró al fin—, ¿qué era ese lugar blanco?

—Lo llamamos la Avenida. Es un lugar muy bonito.

—¿Bonito? No parece la palabra justa. Oh, era maravilloso.

Tendrían que llamarlo, a ver... el Camino Blanco de las Delicias.

Siguieron adelante hasta llegar a un pequeño estanque cruzado por un puente.

Una **laguna** es un estanque pequeño, una masa de agua menos extensa que un lago.

—Esta es la **laguna** de Barry —dijo Matthew.

—Uy, este nombre tampoco me gusta. Lo llamaré, a ver... el Lago de Aguas Brillantes. ¿Por qué lo llaman la laguna de Barry?

—Supongo que porque el señor Barry vive allí arriba, en esa casa.

—¿Tiene alguna hija de mi edad este señor?

—Tiene una de unos 11 años. Se llama Diana.

—¡¡¡Ooooh!!! ¡Qué nombre tan perfecto!

Uy, ya estamos en el puente. Mientras lo cruzamos, miraré hacia atrás.

¡Buenas noches, querido Lago de Aguas Brillantes! Siempre doy las buenas noches a las cosas a las que quiero.

—Ahora ya estamos cerca de casa. Tejas Verdes está en...

—No, no me lo diga. Deje que lo adivine.

Ante ellos se veía la costa con todo de granjas dispersas. Los ojos de la niña se detuvieron en una que estaba apartada del camino y cerca de los bosques.

—Es esa, ¿verdad? En cuanto la he visto, he sentido que allí estaba mi casa.

Matthew se sintió muy incómodo.

No quería que la ilusión de la niña se apagara.